

Torero y caballero

TUVE la fortuna de conocer a este diestro en los primeros años sesenta, y pese a mi afición a los toros, por motivos altruistas que nada tenían que ver con la fiesta nacional, aunque indudablemente en ésta fundaba su popularidad. Antes lo había visto torear en el largo y ancho sur taurino, donde siempre fue recibido con el respeto que se le debía a un maestro de su categoría; la Malagueta, la sevillana Maestranza y la plaza de Jerez fueron testigo de su arte. Circunstancias que nos permite afirmar que no fue sólo un torero de Madrid, afirmación que no puede enmascarar la comunión establecida entre la afición de nuestra capital y el torero desde su misma presentación el 3 de agosto de 1939.

Aún recuerdo con emoción el apretón de manos en Barajas, en los días cercanos a la Navidad de 1963, cuando me lo presentó Victoriano Valencia antes de partir para acompañar a los emigrantes españoles en la región alemana de Franckfort en fechas tan señaladas. En los años siguientes asistí con él a diversos actos, desde un entierro en el Limburgo belga hasta un bautizo colectivo en Berna, donde siempre con su palabra

cálida dio el aliento necesario como peregrino de la caridad a los compatriotas que lo necesitaban.

Era tanta su afición que las conversaciones siempre terminaban en el tema de los toros, en el que jamás le oímos una crítica para ningún compañero, pese a los intentos para que se refiriera a su actitud gallarda en defensa de los intereses de los verdaderos aficionados, tras su memorable actuación en la corrida de la Hispanidad de 1952. Sus palabras fueron siempre para alabar a Manolo Carmona y al mexicano Silveti, pese a haber salido por la puerta grande tras cortar tres orejas.

Era tanto su recato que cuando hablaba de la novillada del 18 de septiembre de 1941, la de los tres pasés cambiados, se refugiaba en el ganado de don Antonio Pérez, de San Fernando, y en la presencia en el cartel de su hijo Juan Mari, diciendo que la familia siempre le había dado suerte. Los designios

de la Divina Providencia son tan inescrutables que su muerte la causaría una vaca de Amelia en un tentadero, ya retirado del torero activo.

En su larga época de matador dictó muchas lecciones magistrales. Recordamos días tan señalados como el de la corrida de Pepe Luis y la faena del maestro de San Bernardo al toro de Perico Gandarias, donde sin salir por la puerta grande igualó el toro de sus dos compañeros de terna, pues si bien estuvo Pepe Luis, Litri en el sexto toro alcanzó un triunfo inesperado. La de 30 de junio de 1963 con dos faenas variadas donde vuelve a fundir los estilos con don Eugenio d'Ors, pero poniendo el acento en un barroquismo digno de la iglesia de la Magdalena, de Sevilla.

Acaso cuando empecé a pensar en las singularidades del torero genial fue en 1966, ausencia de Antonio Ordóñez, corrida familiar, se había caído del cartel mi paisano. Mano a mano con

Curro Romero, con un traje de caña y plata el de Camas, que puede ser de los trajes más bonitos que he visto de torear y con un toreo despacio y prodigioso en el que se define el temple. Pues bien, aquel día también se definió la tauromaquia de Antonio Bienvenida. No importa su salida por la puerta de Madrid, su toreo es mucho más, qué maravilla, qué señorío. Es la definición de la caballerosidad. Este torero singular definió en las Ventas el significado de las Maestranzas en los toros. Pues fue poder y luminosidad. Aún conservo las notas de aquella corrida, una entre las seis que toreó Antonio Bienvenida aquel año en Madrid.

Que me perdonen todos, pero aquí quiero detener mis recuerdos de un caballero que se confundió con los ángeles en una tarde de toros. No quiero pensar en el hervidero de las Ventas cuando vi dictar lo más grandioso del toreo.

Por ello, cuando la Facultad de Derecho de la Universidad Complutense pensó en cerrar su «laudatio» al mundo de los toros, me salió del alma la idea que me apuntó Vicente Zabala: Antonio Bienvenida, torero y caballero.

José SERRANO CARVAJAL

Era tanta su afición que sus conversaciones siempre se centraban en el tema taurino. Jamás le oí una crítica para ningún compañero

Tardará mucho en nacer un torero tan claro...

CONOCÍ a Antonio Bienvenida en Jerez, en casa de unos amigos comunes, durante un fin de semana. Estaba yo soltero, tendría veintitantos años largos y corría esa etapa de la vida en la que uno va buscando modelos humanos, ejemplos vivos de personas enteras, atractivas, que arrastran de uno hacia arriba.

La primera impresión que tuve es la de estar ante un sujeto con una personalidad arrebatadora, que vivía para torear. Yo digo que para ser feliz es menester que la vida tenga argumento. Y que la felicidad es la ilusión argumental. Pues bien, ese fue el primer impacto que a mí me produjo él. Luego, al irle escuchando, al dejarme invadir de sus palabras, mientras conversábamos, vi que tenía delante alguien con mucha categoría personal. Porque la categoría no la da ni el dinero, ni el poder, ni cargo relevante, sino lo que hay dentro de uno. Recuerdo que cuando le dijeron que yo era psiquiatra comentó que cuando él empezaba una faena, lo primero que hacía es ver por dónde tenía que entrarle al toro y cuál era su punto débil. «Igual que hacéis

los psiquiatras cuando habláis con una persona: lo vais estudiando para saber lo que hay detrás de las palabras y de los gestos.» Me pareció una observación muy atinada.

Después he coincidido con él en distintas cenas, y siempre tuve la visión de un hombre cabal, muy coherente, con una simpatía arrolladora, seguro, pero sin avasallar a nadie, con un fino sentido del humor y muy andaluz (aunque procediera de

pasar el toro al dar un natural como es debido.» Y pasadas las semanas, le pregunté mi amigo: «¿Qué tal?» Y respondió Antonio: «Ya le voy cogiendo el son a Jesús.»

Vicente Zabala, en su libro «Hablan los viejos colosos del toreo», le dedica dos capítulos y cuenta algunas anécdotas muy ilustrativas de su forma de ser. Una de ellas se refiere a su presentación como novillero en Madrid. Tuvo la mala suerte de que

gún día triunfaré en la capital de España.»

Ahí se inician los hombres de vuelo superior: en la lucha por superar las adversidades. Porque así fue su vida. Fue un hombre profundo. De esos que dan lecciones sólo con observar su conducta, y así fue también cuando en 1975, en una fiesta campera, la vaquilla llamada «Conocida», de sorpresa, lo enganchó por la espalda y lo lanzó al aire, cayendo de cabeza y quedando tendido en el suelo, inmóvil. Pronto se vio rodeado de su mujer y sus hijos y reaccionó diciendo que localizaran al doctor López Quiles, que insistieran al teléfono hasta que dieran con él. Después dijo: «Dios sabe lo que más me conviene.» Tan difícil como saber vivir es saber morir. En la cultura «light» de nuestros días, vivimos de espaldas a la muerte, sin saber que toda filosofía nace a orillas de la muerte.

¡Qué bien cuadran aquí aquellos versos de García Lorca a la muerte de Ignacio Sánchez Mejías!: «Tardará mucho tiempo en nacer, / si es que nace, un torero tan claro, / tan rico de aventura.»

«Le tengo grabado en mi cabeza como elegante, siempre con la sonrisa en los labios, que tenía amigos y que sabía el valor que tiene conocer a alguien e intimar»

Bienvenida, Badajoz). Le tengo grabado en mi cabeza como elegante, siempre con la sonrisa en los labios, que tenía amigos y que sabía el valor que tiene conocer a alguien e intimar.

Un amigo mío, José Gil Osuna, médico y sacerdote, persona de una garra humana poco frecuente, al poco de conocerlo le regaló el Evangelio y le dijo: «Léelo todos los días unos minutos, saboreando, como cuando

le salió un novillo desabrido y con malas formas, al que no pudo torear bien. Lo intentó de todos modos, pero no pudo sacarle partido. En ningún sitio le interesó tanto quedar bien como en Madrid, y no lo consiguió. Meses más tarde repitió en Madrid, con toros de Pérez Taberner, y tampoco tuvo suerte. Su reacción fue: «Así es la vida, pero lo importante es luchar, no darse por vencido, insistir... Al-

Enrique ROJAS